

Mamá, ¿cómo es posible que haya gente que no crea en Dios?

Jose Antonio Solórzano Pérez, dominico

Todos los días, temprano, abro la puerta del portal por si el cartero trae algo, por si alguien precisa de algo, por si... Cuando era prior tenía un sobre en la celda conventual que solo tres o cuatro sabíamos de su existencia; lo llamábamos el sobre del «para por si...». En él guardábamos algunos, pocos, dineros extras para gastos imprevistos y así no figurasen en las cuentas comunitarias: hacer un regalo a un voluntario de Cáritas, comprar un libro para un cumple, ayudar a una familia, invertir en unos juegos didácticos para catequesis, etc. Menudencias que nos sacaban de apuros a los que más relaciones teníamos. La puerta abierta, el sobre abierto, el corazón abierto... para por si...

Porque si no hay apertura de mente, corazón y manos, el campo humano, pastoral, queda tan acotado, se va achicando tanto que, posiblemente deje de caber alguien en él. Nadie saltaría la tapia. Está pasando en la Iglesia. Nos están acogotando tanto, tanto, que sin tardar mucho casi nadie se atreverá a entrar en las iglesias, en las actividades, en las clases de Religión, en catequesis. Si no tenemos las puertas, el sobre, la vida siempre abierta... nos quedaremos cuatro y un tambor; quizá el del tambor ya está preparando cómo saltar la tapia al revés, de dentro a fuera.

A temprana hora, con la puerta abierta, la cartera ha dejado un libro esperado desde hace un mes, *El Cristo educador*. Una teología del educador cristiano, de J. Miguel Peiro Alba. No sé griego, pero sí sé que el verbo griego *peiró* significa 'atravesar, hacer atravesar'; «alba» es de todos conocido su significado. Poco después del alba, el libro ha atravesado mi puerta. He mirado el índice con detenimiento, es una luz en la mañana. Está pensado y bien escrito por un educador que sabe de la transmisión de la cultura, de la fe, del amplio horizonte educativo en el que el Evangelio de Jesús es fundamento educativo clave en estos tiempos arduos para transmitir buena y buenas noticias. Libro dirigido a estudiantes de Pedagogía que desean dar clase de Religión con clase, con estilo, con fundamento y, sobre todo, con sentido común. El prólogo de Xabier Pikaza, que ya he leído, es como el torrente Cedrón que inunda de conocimientos bíblicos para que las bases educativas del Cristo educador estén bien regadas. Es, debe ser, lectura obligada para educadores cristianos y más aún para los que quieran «impartir Religión»; mejor dicho: «compartir la fe».

Este verano, contemplando una puesta de sol, Mía, cinco años, hija de mi sobrina, con un dominio del lenguaje y una finura de oído poco común, atenta siempre a cuanto se

dice, aunque esté jugando, sabe escuchar; pues bien, hablando de esta experiencia estética y religiosa a un tiempo, su madre comentaba cómo el hijo de una amiga no había hecho la primera comunión: ¿Por qué, mamá, no ha hecho la primera comunión...? Porque sus padres no son creyentes y no quieren que sus hijos la hagan, le respondió mi sobrina. Mía remató la conversación: *Mamá, ¿cómo es posible que haya gente que no crea en Dios?...* Guardamos silencio contemplativo y seguimos mirando la puesta de sol que se despedía ese día de nosotros.

«La finalidad del Arte es dar cuerpo a la esencia secreta, no copiar su apariencia. Allí es donde reside su auténtica realidad, no en el aspecto externo». (Aristóteles)

Había Arte en el sol poniente. Había Arte y sentido en las palabras de Mía. Había esencia secreta en aquella tarde un poco desapacible por el viento susurrante como le habló a Elías. No era una copia pictórica; era realidad auténtica que transcendía el aspecto externo. Cultivar ese sentido estético y contemplativo de Mía es hacer que el Cristo educador tenga con-

tinuidad y sentido. De vosotros depende, educadores en ciernes o ya en ejercicio, que Cristo siga vivo.

